

nuestros como de sus propietarios. Es menester desembarazarse de estos tribunales que condenan á los pobres, de esos hombres de negocios y esos abogados que no son sino otras tantas sanguijuelas públicas. Todos conocemos la absurda idea que reaparece en muchos casos con las epidemias, y que consiste en atacar á los médicos so pretexto de que son causa de la enfermedad.

Hé aquí á lo que se habia llegado. Faltaba el dinero y la miseria se extendia á todas partes. En un momento de desesperacion se autorizó el pago en productos que es un sistema ruinoso para el acreedor y quita sin embargo sus últimos recursos al deudor. El descontento crecia con los sufrimientos; se amenazaba á los tribunales de justicia y se pedia la abolicion de las deudas y la creacion de un papel-moneda, y en el otoño de 1786 se veia próximo un levantamiento.

Entonces fué cuando Enrique Lée escribió á Washington, que era, como siempre el recurso universal. Su respuesta fué magnífica. Se le pedia que interpusiera su influencia y respondió: «¿Para qué la influencia? La influencia no es el gobierno. Comenzad por tener un gobierno que asegure la libertad, la propiedad de los ciudadanos, ó esperad si no todo lo peor del mundo. Y en cuanto á los deudores la conducta que se debe seguir con ellos es muy sencilla: informaos del estado de las cosas, dadles satisfaccion si tienen razon; pero si no la tienen y atentan á la libertad de los ciudadanos, puesto que sois gobierno obrad como tal.»

Este consejo fué seguido: el Massachusetts debió su salvacion á la energía de su gobernador. Este primer magistrado se llamaba Santiago Bowdoin y descendia de una familia de refugiados franceses. Bowdoin vió que la crisis se acercaba; pidió á las dos asambleas legislativas que le sostuvieran. El Senado se declaró pronto á secundar al gobernador, pero la Cámara de representantes dudó. En aquel momento estalló el tumulto, á cuya frente se hallaba un cierto Daniel Shays, que habia sido capitán del ejército continental, y cuando se supo en el Massachusetts que una revolucion amenazaba la propiedad hubo en todo el país una inquietud universal; pero se convocaron las milicias y el motin abortó. Habiendo comenzado en el mes de diciembre de 1786 terminó sin gran efusion de sangre en febrero de 1787, y entonces se ofreció amnistía á los que depusieran las armas.

En resúmen, el movimiento no causó grandes males, pero fué una leccion para el Norte América. Nadie pensaba que en un país

en donde todo el mundo estaba educado en los principios de la libertad hubiese podido estar tan cerca del abismo. El general Kaox, enviado para estudiar las cosas, declaró que el mal era profundo, no solamente en el Massachussets sino en toda la Nueva Inglaterra; segun él el quinto de la poblacion sufría y era posible que llegase dia en que se levantase en armas un ejército de doce á quince mil hombres, y esta revelacion hizo que el espanto subiese de punto. Hallábase sin defensa precisamente en el momento en que podia reaparecer el peligro. El Estado habia reunido milicias, pero una parte de aquellas tropas habíase pasado al enemigo. Se habia pensado en el Congreso; pero este, aprovechando un instante en que los indios amenazaban las fronteras, pidió que se llamase á las milicias de Nueva-Inglaterra; no se habia llegado aun tan léjos y una vez terminado el motin, se pretendió que el Congreso no tenia derecho de ingerirse en una rebelion interior, lo que era tanto como declarar que no habia gobierno federal.

En este estado de impotencia y de miseria se comprendió que era necesario reformar la constitucion. El conquistar la independencia no era más que resolver la mitad del problema; la libertad no lo es todo: se necesita además la seguridad, el orden, un poder fuertemente organizado, capaz de sostener y hacer respetar las leyes, y tal era la obra que debia cumplirse; era preciso combatir la anarquía como se habia combatido la tiranía.

Washington que desde el fondo de su retiro de Mount-Vernon seguía con patriótica inquietud la decrepitud de la confederacion, y á quien Jay, encargado de negocios extranjeros habia escrito felicitándole de haber abandonado la vida pública y no presenciar el triste espectáculo de un país que muere por consuncion, contestó con las siguientes frases que tan frecuentemente se han mencionado:

«Estoy conforme con vuestra opinion y creo como vos que nuestros negocios marchan rápidamente á una crisis. Pero no puedo preverla. Tenemos más de un error de qué corregirnos. Yo pienso que al formar nuestra confederacion hemos tenido demasiada buena opinion de la naturaleza humana. La experiencia, sin embargo, nos ha señalado despues que sin la intervencion de un poder coercitivo los hombres ni adoptan ni ejecutan las medidas siquiera estas sean las más ventajosas para ellos, y no creo que podamos existir largo tiempo como nacion si no establecemos un poder que obre sobre la Union entera con igual autoridad que la que tienen en cada Estado sus gobiernos particulares.»



»El temor de dar al Congreso, constituido como está, ámplios poderes para los negocios nacionales me parece el colmo del absurdo y la locura populares. ¿Acaso el Congreso podría emplear tales poderes en detrimento del público sin hacerse á sí mismo tanto y mas mal aun? Los intereses de sus miembros ¿no están inseparablemente unidos á los de sus comitentes?...

»Hay muchos que piensan que el Congreso ha tomado en sus requisiciones á los Estados un tono humilde y suplicante cuando tenía el derecho de hacer valer su dignidad soberana y exigir la obediencia. Pero sea como quiera, es lo cierto que las requisiciones son perfectamente vanas cuando trece Estados soberanos, independientes y desunidos tienen la costumbre de discutir y rehusar á su antojo. Las requisiciones no son más que una palabra y una burla. Si á las legislaturas de un Estado les decís que han violado el tratado de paz y que han hollado las prerogativas de la confederacion se reirán de vosotros.

»¿Qué convendrá hacer? Las cosas no pueden seguir así mucho tiempo. Como decís muy bien, es de temer que los hombres que más valen se disgusten del estado de los negocios y se encuentren dispuestos á una revolucion, cualquiera que sea. Nosotros somos inclinados á pasar de un extremo al otro, y el prever y prevenir los acontecimientos desastrosos, me parece un deber de la prudencia y del patriotismo.

»¿Qué cambio puede ocurrir en algunos años! Se me dice que los hombres respetables hablan ya sin horror de una forma de gobierno monárquico, y tras el pensamiento viene la palabra, y de la palabra á la accion no hay con frecuencia más que un paso. Pero este paso seria tan terrible como irrevocable. ¡Qué alegría seria para nuestros enemigos el ver que se cumplieran sus predicciones. ¡Qué triunfo para los abogados del despotismo poder probar que somos incapaces de gobernarnos por nosotros mismos, y que nuestros sistemas fundados sobre la base de una libertad igual son quiméricos y engañosos! Dios quiera que se tomen á tiempo las medidas oportunas para evitar las consecuencias que son de temer.

»Yo, aunque estoy retirado del mundo, confieso francamente que no sabría permanecer espectador desinteresado. Sin embargo, ya que despues de ayudar á conducir el bajel á puerto he obtenido mi licencia en forma, no me parece conveniente embarcarme de nuevo con un mar tempestuoso; además no es de suponer que mis ideas ni mis consejos sean de mucho peso en el espíritu de mis con-

ciudadanos, cuando á pesar de habérselos dado solemnemente y como un legado han sido descuidados. Entonces me creía yo con algun derecho á la atencion pública; pero hoy no me creo con ninguno.»

Esta carta es del mes de agosto de 1786 (antes de los acontecimientos de Shays, por consiguiente); en ella se vé al mismo tiempo que su belleza lo triste y desilusionado que se hallaba Washington. Pero se equivocaba, porque precisamente del esceso mismo del mal iba á salir el remedio. El peligro comun iba á despertar al Norte América y á decidir á Washington mismo á renunciar á su retiro entrando de nuevo al servicio de la patria.

Conocido el miserable estado en que se hallaba el país, los hombres de valor como Washington, Madison, Hamilton y Franklin quisieron sacarle de él, y para ello resolvieron dirigirse al pueblo y dotaron á la América del Norte de ese poder federal que ha sido la salvacion y la grandeza de los Estados Unidos.

He aquí uno de los grandes espectáculos que presenta la historia de la constitucion norteamericana. Al presente no puedo menos de reflexionar sobre la dicha del Norte América, que en tan grave situacion halló hombres que supieran lo que se necesitaba para llegar al noble objeto que perseguian. En Francia hemos pasado por las mismas faces que el Norte América, hemos conocido esa situacion revolucionaria, esa agitacion en los espíritus, ese universal descontento, especie de malestar del enfermo que cambia de posicion á cada instante sin poder encontrar una en que se halle tranquilo. Pero lo que no hemos tenido nunca son hombres que se presenten y digan al país: «Esto es lo que se debe hacer y esto hacemos.» Salimos de una revolucion por otra y así marchamos de revolucion en revolucion á la ruina de la libertad. ¿En qué consiste esto? En dos causas que se ligan íntimamente: la ignorancia y la ausencia de espíritu político.

Y no es que nuestra ignorancia política sea culpa nuestra por mas que en setenta años hayamos hecho muchas esperiencias. Lo que nosotros llamamos ignorancia política, no es la ausencia de esa ciencia que se aprende en los libros, sino de lo que se adquiere con la práctica de la vida.

En el Norte América comienza un hombre por ser uno de los agentes de su ayuntamiento. Es miembro del comité de escuelas, mayordomo de fábrica de su iglesia, inspector de caminos ó puentes, curador de un hospicio, etc., y siempre ha de dividir sus ocu-



paciones en dos partes, una para sus negocios, otra para la cosa pública; la una para sí, la otra para sus conciudadanos. Y así, como no se separa de su vecino en la cuestion del municipio, mas tarde cuando llegue el caso, es fiel á su partido político, tiene principios fijos y está habituado á ser fiel á ellos. En Francia, por el contrario, no existen nunca mas que dos grandes categorías: los que se hallan en el poder y los que están en la oposicion.

Llega una revolucion; parece que van á cambiar las cosas, y sin embargo no sucede así. Los que defendian al antiguo poder se ponen á defender al nuevo; y no se entienda que por esto merecen censura ni por ello se les quiera mal; porque así comprenden la salvacion de la sociedad. Y los que la víspera de la revolucion se hallaban en la oposicion tambien mañana lo estarán. Cierto que algunos hombres inteligentes pasan de un campo á otro; pero eso sucede con escaso número y es de notar que en Francia, los hombres de oposicion y los hombres de gobierno son siempre los mismos. Los unos quieren derribarlo todo; los otros todo lo quieren conservar, y con semejantes ideas es imposible tener un carácter fijo. En efecto, si se necesita sostener el poder, cualquiera que sea, si el poder ha de tener siempre razon ¿de qué sirve la conciencia y el juicio? Y si la oposicion tiene siempre razon, si basta siempre ser de distinta opinion que el gobierno para ser popular ¿á qué instruirse y crearse una opinion? Tal es el mal que nos aqueja, y del que no podremos salir sino por la vida política, por la práctica de la asociacion, de la vida comunal y de todo aquello que pueda hacer de nosotros hombres habituados á vivir juntos, á discutir y á sostener sus opiniones.

En Francia hemos tenido un hombre que habia estado en el Norte América y solo él ha mostrado carácter en la revolucion. Este hombre era La Fayette. En 1789 como en 1830 siempre fué fiel á las mismas ideas. Nosotros no las aceptamos ni aprobamos todas, pero su carácter ha sido siempre el mismo. Pudo engañarse, pero obró siempre segun sus opiniones. Fué detenido y preso; el Austria le metió en los calabozos de Ollmutz con mengua del derecho de gentes. Para devolverle su libertad se le propone por cinco ó seis veces hacer declaraciones contrarias á sus convicciones, y prefiere permanecer en su encierro, y es un mártir. Mas tarde se le propone servir al emperador y se niega á ello y contesta que estará pronto á servir al emperador si el emperador se aviene á servir á la libertad, si no nó. En 1815 defenderá la libertad contra Bonaparte

como mas tarde la defenderá contra los Borbones. Así es que cuando la Francia se hallaba en crisis todos decian: «Apelemos á Mr. de La Fayette.» El tener cierto número de hombres de principios fijos y de reconocida fé pública que el dia del peligro haya la seguridad de encontrarlos confiados y decididos es una felicidad para un país, y al mismo tiempo una garantía de seguridad. Esto es lo que constituye la fuerza de una nacion y la grandeza de estos dos nombres tan justamente honrados: Washington y Hamilton.